

Como parte de este diplomado y a partir de este ejercicio en particular, hago un examen sobre mi propósito de vida y sobre cómo ponerla al servicio del proyecto de Jesús.

Estas **cinco dimensiones** sirven como punto de partida para entender mejor al Jesús de Nazaret histórico y ver **qué nos conmueve, qué nos convoca más y qué nos provoca** cada una de las cinco dimensiones.

Las unidades que estudiamos dentro del marco del diplomado nos recuerdan algunas fuentes históricas que retratan, desde diversas miradas, la vida de nuestro Jesús de Nazaret. Parto de esas fuentes, que incluyen el repaso por los registros del historiador judío Flavio Josefo, o las crónicas y cartas de Plinio el Joven, Tácito e incluso el Talmud (aunque este mencione a Jesús de forma despectiva y no reconozca a Jesús como mesías, como profeta), además de los distintos abordajes teológicos, y los Evangelios, sobre todo, parto de cinco dimensiones del Jesús histórico. Las describo a continuación y cuento por qué me conmueven.

Jesús como un hombre judío de su época.

Esta dimensión de Jesús, en particular, tiene profundo sentido para mí como motivación para entender su contexto histórico y profundizar en eso: no es posible entender a Jesús de Nazaret sin tomar en cuenta todo aquello que le definió como hombre entre su gente, atravesado por esas condiciones de tiempo y espacio. Pienso en Jesús como un gran conocedor de las Escrituras, de los profetas de tradición judía que le antecedieron, y pienso en cómo eso le enriqueció y determinó completamente su proceso de caminar con las comunidades, cómo hizo comunicación popular en sus parábolas (conociendo la tradición profética, que muchas veces parafrasea o hace referencias no explícitas en sus sermones y prácticas). Ese conocimiento suyo de las Escrituras no solo fue valioso con su gente, sino a la hora de emplazar a fariseos y saduceos, en el momento de confrontar el poder reinante y hablarles en “su idioma”, con referencias que esos maestros de la ley conocían.

Llama mi atención y me resulta significativo como, a pesar de la extensiva evidencia de lo que significaba ser un judío varón en su época, hoy persisten nociones muy distantes a esa historicidad, en la forma mayoritaria o hegemónica de ser Iglesia Católica. Me explico: el mismo mundo jerárquico eclesial hegemónico en mi país ha alentado ideas de un Jesús alejado de una realidad histórica y humana, para convertirlo en un personaje sin tiempo ni espacio, con corona de oro y ojos azules, siguiendo esa la caracterización de las monarquías, obviando el racismo y lo que eso significa para las comunidades latinoamericanas, por ejemplo. Esas nociones de Jesús se alejan de su historicidad.

Sabemos que en espacios institucionales de la Iglesia católica se habla de un Jesús desvinculado de sus raíces, en lugar de referir a un Jesús que era hijo de artesanos de la construcción, que tenía una vida cotidiana y común como tantos otros de su época. Y esa separación que se hace de Jesús y de María, de los discípulos y para ponerles en un podio lejos del mundo, produce efectos directos de la realidad de las comunidades que así lo ven. No es lo mismo un Jesús próximo, cercano, histórico, que un rey con coronas de oro, que no sonríe, que es blanco y de ojos azules.

Algo que destaco y es central en Jesús, es su capacidad total para hacer ver las contradicciones de su época: evidenció que muchos preceptos no tenían nada que ver con la construcción del Reino de Dios y solo eran formas de poner la atención en las normas mismas y no en la misericordia o el amor al prójimo. Como en aquel hermoso pasaje donde sus discípulos

arrancaban espigas del camino y son cuestionados por los fariseos, a lo que Jesús respondió que el sábado estaba hecho para el ser humano, no al revés. Jesús, como judío de su época cuestiona las normas judías radicalmente. Eso tiene una gran vigencia en nuestro contexto actual, lleno de normas que incluso son contrarias a la justicia y solidaridad, como las que castigan la solidaridad con migrantes y personas sin hogar.

Jesús y su dimensión profética

La capacidad extraordinaria de Jesús para anunciar, con base en las Escrituras, la llegada del Reino de Dios y encarnar esas escrituras, es quizás la que más me impresiona por la coherencia entre las escrituras y su propia vida, su caminar, sus sermones, y la forma en que se fueron sucediendo los hechos hasta después de su crucifixión.

La potencia de esa fuerza profética con la que él denunció el abuso de poder, y el llamado al arrepentimiento, a la renuncia a la tentación (ceder al poder y dejar de lado la construcción del Reino de Dios) hoy no es algo que observemos en nuestras iglesias. Al menos no en Costa Rica, con poquísimas excepciones y jamás con la contundencia de Jesús en los Evangelios. Vemos homilías muy ambiguas, de denuncia tan sutil que no parece denuncia. Veo en esa dimensión profética una potencia absoluta y legítima para cuestionar la explotación del ser humano por parte de otros, el aprovechamiento de privilegios por parte de figuras religiosas bien posicionadas que hablan de Jesús, y veo allí una posibilidad muy rica para la denuncia de toda clase de injusticia social, con base en la figura de Jesús. Es decir, Jesús y su vida nos bastarían para denunciar, hoy, las injusticias y desigualdad que se acrecienta brutalmente en países como el mío, Costa Rica.

En mi país, esa dimensión profética de Jesús no se trae al presente como una dimensión vigente; se tiene como algo pasado y sepultado. Esto es a rasgos generales, respecto a lo que pasa con la iglesia católica institucionalizada. Son excepciones o realmente muy pocas personas del pueblo creyente en mi país, quienes vinculan esa dimensión profética de Jesús con el presente y la responsabilidad de seguirle y actuar en coherencia y ser pueblo profético frente al contexto de creciente autoritarismo en nuestro país.

Esta dimensión me hace cuestionarme los límites o nuestro compromiso con la realidad que habitamos, en los hechos, en lo que nos convertiría en “amenazantes” para un sistema anti-Jesús: si Jesús llevó esa dimensión hasta las últimas consecuencias, ¿estamos dispuestos a los mismo o nos quedamos en lo discursivo? ¿Qué implicaciones tiene para nuestra integridad física traer al presente esa dimensión profética, denunciando la injusticia en nuestro país y haciéndola visible? Son preguntas un poco retóricas, pero inquietudes que tengo, en todo caso.

En Costa Rica, aunque hubo Comunidades Eclesiales de Base, así llamadas hace unas tres décadas, hoy no existen como se les conoce en otros países. En Costa Rica se han creado “Casas Misión”, que son espacios en los barrios, donde una familia recibe quincenalmente a otras personas, comparten alimentos entre todos y se hacen lecturas de Evangelio comentadas a la luz de la realidad y la vida de esas personas partícipes. Aún no podría decirse que se sigue la metodología CEBs aunque hay rasgos de eso. La potencia profética de las Casas Misión podría ser mucha, pero aún se les piensa, desde el eclesiales, como puntos en la comunidad donde otras personas pueden acercarse a buscar información sobre fechas de sacramentos, y otros asuntos relacionados con la institucionalidad.

Aún estamos muy atrás en ese camino profético que asumió Jesús de forma total. En Costa Rica el catolicismo se ha entendido durante mucho tiempo como una obligación y tradición familiar.

No es común que haya personas organizadas que partan del Evangelio para hacer denuncia y ser comunidades proféticas. Eso se ve con reserva, y persiste una iglesia muy apegada a lo normativo, por encima del Evangelio. Se da mucha importancia a lo que dice el párroco, y no a lo que dice Jesús. Muchas veces contradicho por el mismo párroco.

Jesús de Nazaret como sanador

Esta dimensión siempre me produjo fascinación desde que recuerdo, porque es una de las primeras nociones de Jesús que nos llegan desde la infancia: Jesús hacía milagros, sanaba enfermos. Hoy escucho, al menos, dos perspectivas de esta dimensión. Una que sigue lo que se narra en los evangelios como auténticos milagros, y que es tomado textualmente así en nuestras iglesias. Aunque he escuchado otras interpretaciones, por parte de religiosos y teólogos, en las que milagros como la multiplicación de los panes y peces son tomados como metáforas que en realidad hablan de cómo las comunidades se organizaron para dar de comer y beber a tanta gente. Y ese es el verdadero milagro: la solidaridad colectiva de dar de comer a quienes tienen hambre.

No considero que haya contradicciones entre la capacidad real de hacer prodigios, milagros y actos sobrenaturales por parte de Jesús de Nazaret, y su realidad social, su mensaje, y la realidad social. Hoy sabemos que quien esté espiritualmente muy “alineado” con la divinidad, puede experimentar una realidad distinta que puede pasar por “milagrosa” como es posible experimentarlo. Los sabios rabinos tenían explicaciones complejas para eso, relacionadas con la conciencia, la materia, la capacidad de abstraerse del tiempo y espacio y concretar cambios reales en la materia contras las leyes físicas dominantes: lo que llamaríamos “milagros”. Es lamentable que el mismo Talmud señale a Jesús como un ilusionista o mago, sabiendo que la misma tradición judía reconoce la existencia de milagros.

Sé que hay debate sobre si el que se menciona en el Talmud es o no el mismo que hoy llamamos Jesús de Nazaret. Los físicos cuánticos tendrían hoy otras explicaciones sobre el modo en que se podrían producir milagros o cambios radicales en las leyes físicas. Más allá del abordaje racional, diría que se trata de quedarnos con el mensaje tras esos milagros: un amor incondicional de Jesús para aproximarse a quienes eran mayoritariamente y públicamente rechazados, reconociendo que era su Fe la que había hecho el prodigio, como él dijo muchas veces. Y además, era central la voluntad de quien quería ser sanado: Jesús preguntaba antes sobre la voluntad de sanación o no, y luego reconocía la magnitud de la Fe de quienes eran sanados. Es una sanación que nos hace vernos y examinarnos a nosotros mismos, para darnos cuenta de la forma en que tenemos Fe, cuánto y cómo le creemos a Dios y cómo le vemos o no en el prójimo.

Jesús como maestro

De entrada esta dimensión me recuerda el pasaje bíblico que narra que Jesús “les enseñaba como quien tiene autoridad”. Jesús tenía la autoridad que da el ejemplo, y el estar junto con la gente más empobrecida y en necesidad. Además, como maestro itinerante se diferenciaba también en eso de los “maestros de la ley” a los que tanto cuestionó por su hipocresía y su enfoque en las normas, por encima de las personas. Como Maestro, Jesús enseñaba en las aldeas y caminos; no necesitaba templos ni estructuras jerárquicas de poder para ser un gran pedagogo que conocía perfectamente lo que hoy llamaríamos comunicación popular”

Jesús es, sin ninguna duda, el más grande y más hermoso comunicador. Algo que resulta fascinante en su forma de transmitir sabiduría y amor, es la comunicación mediante parábolas que todos podían entender, y cuando no, él explicaba de nuevo. Era esa, narración de historias

con moraleja, narraciones breves y muy potentes las que añadían atracción al escucharle. Puedo imaginar a las multitudes absortas en sus palabras, en su fuerza y su voz potente y cargada de ternura.

Destaco, para mi vida presente como ejemplo a seguir, su capacidad de mostrar su conocimiento frente a otros que le escuchaban con ánimo de aprender, y su enorme sensibilidad hacia quienes recibían desprecio social máximo. Su amor junto a la Fe de quienes le seguían resultaba en sabiduría profunda con mirada compasiva, sin la arrogancia de los fariseos.

Una enseñanza muy característica de Jesús, era mostrar a Dios como amoroso y absolutamente misericordioso; alejándose totalmente del Dios castigador y sangriento del Antiguo Testamento.

En coherencia con esa noción de Dios, Jesús no impone sino invita, nunca humilla sino enaltece y dignifica a quienes han sido tomados como indignos por la sociedad y las autoridades de su época.

Jesús de Nazaret en su dimensión Social/Política:

Tan disruptivo fue Jesús que incluso estuvo dispuesto a entregar su vida por la justicia, en rechazo a la tentación del poder. En medio de un contexto de dominación romana, pobreza del campesinado, leyes rigurosas judías que no eran cuestionadas, además del abuso hacia el pueblo mediante el pago de impuestos y la concentración de tierras, Jesús rompe con todo esto no solo en su prédica sino en sus actos, en su forma de vida.

En medio del poder romano y judío, anunciar el Reino de Dios como la posibilidad de vida digna para las personas enfermas, pobres y demás marginados era, a la vez, un desconocimiento y cuestionamiento al poder dominante.

Esta dimensión me hace cuestionar profundamente el eclesiales, las jerarquías en la iglesia católica que no son un medio para anunciar y practicar el Evangelio, sino un medio que se personaliza para algunos como forma de sacar provecho de su poder eclesial y los privilegios que eso les da: ser servidos en las comunidades, no llegar a ellas para servir, ser tenidos en los lugares de preferencia, no en los últimos, aprovechar viajes y disfrutar de recursos a título personal restando valor y visibilidad a otras personas que realizan un trabajo incluso mayor en las comunidades. Esta dimensión social y política de Jesús nos llama a denunciar todo abuso de poder, empezando por el poder eclesial mal usado. Entendiendo que no es admisible hablar del evangelio y no tener autoridad moral para hacerlo por llevar a cabo prácticas deleznablellenas de hipocresía e instrumentalización de personas. La denuncia además nos permite, en las comunidades, separar la paja del trigo, y diferenciar a los buenos pastores de los pastores falsos.

Llama la atención que Jesús se mostrara como el Mesías no militar, a pesar de que sabía que esperaban los judíos de su época, a un mesías que actuara como líder militar. Más bien se aparta de la lógica del dominio y la acumulación de riqueza, como bien nos recuerdan teólogos como Jon Sobrino, Leonardo Boff y Antonio Pagola. Destaco de esa mirada sobre Jesús, esa cercanía que tuvo con los más pobres que no fue asistencialista o "caritativa" (ejercida desde la verticalidad), sino una toma de posición clara y con enormes implicaciones: asegurar que Dios está del lado de quienes padecen las mayores injusticias.

En la práctica social, la subversión de Jesús implicó transgredir amorosamente las barreras culturales y religiosas, como en el pasaje con la mujer samaritana, así como en las cenas con pecadores o gente considerada impura, revelando que las normas nunca podían estar por encima de la dignidad humana. Su dimensión social es central, puesto que no predicó una espiritualidad

del aislamiento social, sino de gestos que sólo tienen sentido en lo social: compasión, solidaridad, servicio, amor al prójimo.

¿Cómo se relaciona el proyecto del Reino de Jesús y la conformación-realización de una comunidad alternativa?

El mismo proyecto de Jesús, la forma en que predicó y vivió su mensaje con coherencia radical hasta las últimas consecuencias es el mayor ejemplo de conformación o construcción de una comunidad. Parto del entendimiento del adjetivo “alternativa” como una comunidad antítesis de la sociedad dominante, que habitualmente es, en sí misma, anti-comunitaria, pues es profundamente destructiva del tejido social.

El proyecto del Reino de Jesús es la comunidad que soñamos, terrenal, situada en la historia y horizontal; no una idealización o un proyecto sólo esbozado en la imaginación de Jesús. Jesús lo trae al presente con acciones, sin pedir permiso a los maestros de la Ley. Y de algún modo esa forma de hacer comunidades sin necesidad de contar con la aprobación de la jerarquía eclesial local en cada uno de nuestros países. Las comunidades eclesiales de base se acercan al espíritu del proyecto de Jesús de Nazaret, aún con sus muchísimas diferencias.

En Costa Rica venimos de una historia de violenta ruptura reciente del tejido social y de alta polarización. Es justo lo que está sucediendo en el presente. En el pasado, décadas atrás, hubo CEBs así nombradas explícitamente, y en la actualidad se intenta desarrollar lo que la iglesia católica ha llamado Casas Misión, que dista mucho aún de comunidades como tales. Son espacios de reunión esporádica, donde se comparte alimentos y el Evangelio y se reflexiona en grupo, pero sigue siendo una reunión de personas muy diversas que viven realidades ordinarias atravesadas por otros intereses, a menudo con formas muy distintas de interpretar, analizar y vivir la vida. Una comunidad como la de Jesús implicaría renuncias profundísimas a formas de consumo, de apegos, de esquemas mentales aprendidos. Implicaría nacer de nuevo, en la vida comunitaria. Cuando Jesús reúne a sus discípulos no lo hace para establecer una jerarquía religiosa, sino para experimentar el Reino de Dios entre quienes estuviesen de acuerdo con su proyecto. Partiendo de la voluntad de dejarlo todo, ser capaces de entregar la vida para la construcción del Reino de Dios, aunque se haya visto luego en la historia que fueran capaces de negarle o venderle. Destaco que a pesar de la altísima participación de mujeres en distintas tareas en el proyecto de Jesús, y como discípulas, es muy poco lo que nos llega como narración de la participación de las mujeres en la construcción del proyecto de Jesús. Y es el mismo Jesús de Nazaret quien las dignifica, visibiliza y nombra.

Para relacionar el proyecto de Jesús con la creación de una comunidad alternativa, habría que entender que esa comunidad también, como la comunidad de Jesús, tendría que tener características como la centralidad y opción preferencial por las personas empobrecida, la búsqueda de la justicia y la denuncia de lo injusto y del poder, el servicio como propósito, la solidaridad, y la participación digna de las mujeres y el reconocimiento de sus trabajos de cuidado y su sabiduría y capacidad para construir proyecto.

Así como Jesús convierte la repartición del pan en un acto profundamente significativo, en una comunidad alternativa ese reparto tendría que implicar una mesa abierta donde no se excluya a nadie, ni por su condición religiosa, moral o social, moral, justo como hizo Jesús. Actualmente la segmentación digital- virtual nos ha separado más en grupos de intereses; no en “comunidades”, y esto dificulta aún más ese ánimo de diálogo interreligioso o de llamar a nuestra mesa común a los distintos. Ese es quizás uno de los mayores problemas por llevar a lo concreto: partir del espíritu amoroso y compasivo de Jesús y ver a los distintos como hermanos, en las prácticas.

Justo lo contrario a lo que han hecho las redes sociales: producir hiper tolerancia al dolor, destrucción de empatía y espectacularización del sufrimiento, como se ha probado con datos por parte de sus mismos desarrolladores.

Una comunidad alternativa es una consecuencia de seguir con coherencia el Evangelio. ¿Es posible vivir construyendo un proyecto como el de Jesús sin poner en riesgo la vida hoy y sin renunciaciones profundas? Es solo en las comunidades que buscan seguir a Jesús, desde su lucha contra la injusticia y denuncia del poder, donde podemos ver la aproximación a la construcción de su proyecto.
